

Carta desde el Desierto

Navidad 2008

GODE, Etiopía

Queridos amigos de la misión.

“Un niño nos ha nacido, Cristo el Señor”.

Como muchos sabéis, desde hace año y medio la Iglesia me ha enviado a evangelizar a una región de Etiopía donde aún no está presente la Iglesia, ni lo ha estado nunca. El lugar se llama Gode, junto a rio Wabi Shebele, no muy lejos de la frontera con Somalia, la región se llama Ogaden.

Después de seis meses viviendo con un anciano sacerdote italiano en la ciudad de Jijiga, donde me dediqué fundamentalmente a aprender somalí; por fin llegué en Abril junto con un voluntario español a Gode, donde fuimos acogidos por el Programa Mundial para la Alimentación de las Naciones Unidas; allí vivimos dos meses.

Cada mañana salíamos muy temprano a la casita que habíamos alquilado, y como dos albañiles cualquiera trabajábamos bajo el sol abrasador del desierto. La casa no tenía ni agua, ni cuartos de baño, ni cocina...

A primeros de Junio nos trasladamos definitivamente a la casita de la misión y también por aquel entonces regresaron a España los voluntarios que me habían ayudado en aquellos difíciles comienzos.

Desde mediados de Junio vivo sólo en la misión. En esa casita vivimos Él y yo. Cristo en la Eucaristía es mi amigo fiel; fiel y silencioso compañero desde hace ya tantos años...

Pronto empecé a visitar los barrios de tan infame y paupérrima ciudad. El espectáculo que me salía al encuentro era sobrecogedor. Yo simplemente no alcanzaba a entender como seres

humanos por millares podían vivir sin nada (no se me ocurre otra manera de describir este grado de pobreza...), sin absolutamente nada.

Al final de una de aquellas mañanas, cuando el sudor que me empapaba entero caminando entre un mar interminables de chozas y chabolas y se me metía en los ojos nublándome la vista, de dijo un grupo de mujeres: *“no siga, en esa última choza hay un niño que parece una hiena...”*

Ni siquiera entendía lo que trataban de decirme. Pero seguí caminando junto a mi fiel compañero Sheik Mohammed que era quien me hacía las veces de traductor. Allí me encontré con el pequeño Abdullahi.

No hay palabras para describir a este pequeño somalí musulmán de siete años. Quizá ver las fotos de su cuerpo desfigurado de su piel cuarteado por la enfermedad, sus ojos hundidos supurando pus, su incesante grito de dolor... y esa pobre madre que no tenía otro remedio para tanto sufrimiento que echarle agua sucia de río (la única que la pobre tenía) con la que combatir el sol abrasador del desierto.

Esa tarde, frente al dios de la Eucaristía, muchos pensamientos me revoloteaban en el alma, pero por encima de todo, una certeza, una verdadera revelación: el Buen Dios me había enviado a esta misión para que todos los Abudullahis que habrían de salirme al encuentro supieran que Dios es amor. Y a la vez, para que este perpetuo aprendiz de misionero que soy yo, supiera reconocer el rostro de Cristo en este pequeño musulmán.

Una tarde, pocos días después, recordé haber conocido en una de las comunidades de las Misioneras de la Caridad en Addis Abeba, a un doctor americano, rabino judío para más señas, y se me ocurrió ponerme en contacto con él para presentarle el caso del pequeño Abdullahi. Me pidió que le enviara las fotos digitales que tenía del niño para examinarlas y pedir consejo de otros especialistas. Así lo hice con la ayuda de mis amigos del WFP-UN que me permitieron conectarme a su satélite y envié las fotos por correo electrónico.

No habían pasado tres horas cuando – con la ayuda de la tecnología – me respondía el médico diciendo que había reenviado las fotos a unos colegas suyos en uno de los mejores hospitales especializados en dermatología, en San Francisco (California) y que el diagnóstico era según ellos: lamellar ichthyosis, una enfermedad genética curable con el tratamiento adecuado.

Sin perder tiempo fui a visitar a la familia y les propuse llevar al niño a la casa de las hermanas de la Madre Teresa en Addis Abab para poner al niño en manos del doctor Rick Hodes.

Como el padre no tenía papeles, tuve que ocuparme de su documentación y la del niño para que pudieran viajar junto a mi amigo el Sheik a la capital. Recordad que en Addis sea habla amhárico y esta gente sólo habla somalí, con lo que hubiese sido imposible la comunicación con los médicos y la demás gentes. Por lo que ya os imagináis que tuve que comprar los billetes de avión para todos los que viajábamos acompañando a este pobre niño.

Padre e hijo pasaron casi tres meses en el hogar de las Misioneras de la Caridad y aunque la cura está lejos de ser completa (de hecho, por tratarse de una enfermedad genética, tendrá que

continuar el tratamiento toda su vida), es admirable el cambio tan extraordinario que ha experimentado la salud de este niño ¡Bendito sea Dios! Y bendita sea vuestra generosidad ha hecho posible que un niño, condenado a una vida espantosa y una muerte segura en poco tiempo, haya recobrado la salud y la sonrisa. Y sobre todo, que hayáis hecho posible por vuestra generosidad, que la caridad de Cristo, la que brota de su costado eucarístico, haya llegado y se haya revelado en este inmenso desierto africano.

Creo que después de lo brevemente expuesto, no os resultará difícil haceros una idea de cómo vuestras oraciones y vuestras ayudas económicas se están empleando en esta nueva misión. Y si alguien necesitase detalles más precisos de las tareas realizadas, por favor, no dudéis en poneros en contacto conmigo o con cualquiera de los miembros de la Fundación.

Mirando al futuro: Sin duda que la vida sigue, y nosotros no hemos hecho mas que empezar. Así y de acuerdo con el Obispo de Harar, Mons. Woldetensay Gebregeorgis, que es con quien colaboro, hemos decidido que el siguiente paso es solicitar de las autoridades un terreno suficientemente amplio para comenzar nuestro propio proyecto: residencia para sacerdotes, una pequeña capilla, un dispensario y un centro nutricional.

Además: tengo que agradeceros a todos de manera particular vuestra generosidad, ya que gracias a vuestros aportes económicos, después de casi un año ahorrando, he podido comprar el nuevo vehículo 4X4. Y como bien os podéis imagináis es la vida de la misión. Precisamente por carecer de un medio de transporte seguro, no había podido salir de Gode en todos estos meses.

Según escribo, el vehículo está en Addis Abba a la espera de que dos conductores profesionales vayan conduciendo hasta Gode, un viaje muy largo (unos 1.500 Km) de casi cuatro jornadas interminables de carreteras deplorables. Por supuesto que el vehículo irá cargado hasta los topes con gran cantidad de material indispensable para la vida de la misión. Por tanto, gracias a todos por esta ayuda sin la cual no podría cumplir con el mandato misionero recibido.

Misión en República Dominicana: Si mucho es lo que se ha logrado a lo largo de este año que toca a su fin, en la misión que ahora nace en Etiopía, no es menos lo que gracias a las oraciones y aportes económicos de todos los colaboradores de la Fundación, se ha llevado a cabo en la misión de República Dominicana.

Asilo de Ancianos: Seguimos colaborando con el asilo que fundé en San José de Los Llanos y en el que recogimos a gran cantidad de ancianos de los bateyes. Ancianos que después de una vida de explotación y atropellos incontables por parte de la familia Vicini. Estaban tirados en sus catres de sus mugrientos barracones, esperando la benigna muerte que pusiera fin a una vida malvivida en estado de cuasi-esclavitud, al servicio de la familia más rica del país.

Gracias a vuestros aportes, podemos seguir asistiéndoles en la medida de sus necesidades para que no carezcan de lo necesario para vivir dignamente los últimos días de su vida.

Una extraordinaria victoria: Sin duda que el logro más importante de la Fundación en este año 2008, es la sentencia que hemos obtenido en los tribunales de la Corte Laboral de San Pedro de Macorís en favor de quinientos trabajadores de las plantaciones de caña de azúcar, pertenecientes al ingenio azucarero Cristóbal Colón.

Después de muchos años exigiendo la protección de los derechos humanos y los derechos laborales de los trabajadores de mi parroquia – y por lo que en definitiva fui expulsado del país –; finalmente, en una sentencia firmada por la juez el 07 de noviembre de 2008 y que sin duda sienta jurisprudencia en el ámbito laboral de ese país, penetró de forma definitiva el estado derecho en los cañaverales de esas familias malvadas, que durante años han explotado y abusado a miles y miles de trabajadores, mujeres y niños, de manera inmisericorde.

Brevemente resumidas las conclusiones de la sentencia emitida por la Corte: se obliga a la familia Vicini a otorgar un contrato de trabajo a todos los picadores de caña de la empresa (“a todos” significa que la sentencia beneficia, no únicamente a los demandantes sino a todos los trabajadores que en la actualidad pican caña y a los que se incorporen a dichas labores agrícolas en lo sucesivo.

Manda la sentencia, que en ese contrato se estipulen: el tiempo laborado en la empresa; salario devengado; salario de navidad; participación en los beneficios de la empresa; seguro médico y los demás derechos contemplados en el Código Laboral Dominicano.

En caso de que alguno os preguntéis qué tiene que ver la Fundación Misión de la Misericordia en todo esto, la respuesta es muy sencilla. Sin vuestra colaboración hubiese sido del todo imposible todo el trabajo que dicha sentencia conllevaba.

Si alguno quiere información más pormenorizada de todo este proceso, no dudéis en poneros en contacto conmigo o con la abogada que ha llevado el caso, la Doctora Noemí Méndez: mendeznoemi@gmail.com Y si alguien quiere copia de la sentencia, no dude en pedírnosla a cualquiera de los dos.

Nada más.

En nombre de mi pequeño Abdullahi, el niño enfermo “que parecía una hiena” de este inmenso desierto somalí.

En nombre de cientos y cientos de trabajadores haitianos y dominicanos de las inmensas plantaciones azucareras y sus familias.

En nombre de tantas y tantas personas que a lo largo de este año de gracia del Señor se han beneficiado de las obras de la Fundación.

Gracias con toda mi alma a los colaboradores de la Fundación Misión de la Misericordia. Gracias los miembros de la Fundación que con tanto sacrificio y de manera totalmente gratuita han colaborado para llevar los proyectos adelante.

Para concluir, sólo me queda un ruego que pidiros a modo de regalo de Navidad para los pobres **¿Creéis que seríais capaces de conquistar a una persona (¡o varias!) para que se domicilie como colaborador de la Fundación Misión de la Misericordia?**

Os adjuntamos junto con esta carta el formulario con la información necesaria para dicha domiciliación. Y ya sabéis que para cualquier duda, así como para cualquier información en lo referente a los recibos de la Declaración de la Renta, os podéis poner en contacto con Marta Zabía en el: 639 940 204; o en la dirección de correo-e: martazabia@hotmail.com

Feliz Navidad a todos.

Padre Christopher Hartley